

América, y estableciendo allí un régimen de progreso cual aquél dejado por Holanda en su seno para que se transmitiese á Ginebra y á Edimburgo, las cuales, por su parte, y á su vez lo transmitieron á la Inglaterra de Cromwel y á los Estados-Unidos de Wáshington, bien merecen que, al comenzar la historia del siglo décimo-nono, el relato de los esfuerzos hechos y de los combates mantenidos por el común ideal, donde se juntan el Calvario y el Thabor, fijemos sus nombres como estrellas de los cielos del tiempo, y les digamos cuanta confianza nos asiste ahora de que vieran sostener y conservar una obra erigida por todos á tanto esfuerzo, y ante la cual humean aras y más aras de continuos y cruentos sacrificios. Hay Estados progresivos, como hay Estados reaccionarios. Aquellos me parecen la verdadera luz; éstos me parecen las tinieblas en toda su horrible densidad. No puede dudarse, por ejemplo, que Austria de Meternich, allá cuando ayudaba con sus esbirros á mantener el despotismo de Turquía sobre los pueblos danubianos y remachaba los clavos de Polonia en competencia con los czares moscovitas, y empuñaba la llave del calabozo donde yacían prisioneras Milán y Venecia, descoyuntando á Italia en el potro de sus tormentos, personificaba una reacción espantosa, por la cual ha merecido de cuantos han amado el progreso moderno, las maldiciones lanzadas por los profetas hebreos sobre la frente de los falsos dioses y de los asiáticos tiranos. Pues algo semejante sucede en esa Turquía, inmóvil y ciega y muda; con un libro y su comentario perpetuo por única herencia; regida por un Califa ó Pontífice á caballo, que lleva en su puño la cadena de cien pueblos; chocando por todas partes con la letra de suras tan profundamente negras, como todas las noches del humano espíritu; sin resquicio alguno dejado á ese aire vital que se llama espíritu de nuestro siglo, de esa luz etérea que se llama idea progresiva, sin poder salir del despotismo arriba y de la servidumbre abajo, sino por su desaparición y por su muerte. Y á este mismo tenor la India, donde á pesar de la difusión del Cristianismo, aun subsisten las castas; el Imperio chino, cerrado á toda comunicación y comercio con el mundo, así como adscrito á una rutina que presta tristísimos aires de imitación inferior á su cultura; el Imperio marroquí, amén de los diversos régulos mahometanos, representa la oposición á esta movilidad que necesitamos ver y contemplar para que sepan cuánto vale y significa el impulso progresivo que nos mueve hacia la realización del ideal y que ha recorrido con sus corrientes eléctricas desde las bases del suelo hasta las cumbres del espíritu.

No evoco esta diferencia entre los pueblos progresivos y los pueblos reaccionarios por el placer de hacerla con mi evocación á las mientes; hágolo, porque es imposible saber el movimiento de los hechos y de las ideas, sin saber antes el influjo ejercido por los pueblos entre sí, la repercusión que los hechos y los pensamientos particulares de cada cual tienen á una en todos. Por su distancia, por su historia, por la sangre que los regaba, por el misterio que debían desempeñar en la tierra, ningún pueblo tan apartado de la Francia del

siglo pasado en el tiempo y en el espacio y en el espíritu y en el pensamiento, como los pueblos anglo americanos del Norte, nacidos y criados bajo las dos alas de un espíritu, con el cual nada ó poco tenían que ver los franceses. Cuando luchaban los puritanos escoceses con la tiranía estuarda, dirigida Francia por los afines de estos reyes, denominados Borbones, apenas podían interesarles aquellos profetas que buscaban en playas poco atractivas de suyo y desiertas, el templo de Dios vivo y el refugio de su opresa conciencia. Un Estado, como el Estado francés, en los últimos días de Luis XIV, que había revocado el Edicto de Nantes y perseguido como fieras á los hugonotes, no podía compadecerse mucho del peregrino cruzando el Océano, aunque al arrancarse del suelo patrio, le atenacearan todos los dolores, y al irse por la inmensidad le azotasen todas las tempestades y todas las tormentas, cayendo mares de llanto vertidos sobre sus cabezas por legiones de mártires, llanto tan acerbo y tan tormentoso como aquellas soledades oceánicas. La blanca flor de Mayo, donde iba la peregrinación, escapada con tantas dificultades al despotismo y á la intolerancia; la nueva Inglaterra, por ideas de Lochke regida, las cuales únicamente llegaban á noticia de ciertos sabios perdidos en las inaccesibles alturas de filosóficos estudios á que no llegaba el común de las gentes; los hábitos de libertad llevados por el cuáquero Penn á la Pensylvania y bebidos en las tradiciones inglesas, no podían interesar á quien tanto de todo ello distaba por su complexión y por su historia. Y dada tal distancia, una interrogación se impone á cuantos, estudiando la Historia, se consagran á conocer la influencia de unos pueblos sobre otros pueblos, así como á calcular la órbita que todos siguen y á pesar el poder que unos sobre otros en la gravitación social ejercen; ¿conocéis algún pueblo que haya ejercido sobre los demás pueblos el influjo que los americanos y su revolución ejercieron sobre Francia en el siglo pasado, y sobre la crisis más profunda y trascendental de toda su historia, sobre la revolución francesa?

Había mucho de universal á Europa en este influjo y mucho de particular á Francia. El engrandecimiento del globo hacía que no fuera fácil reducirlo á perpetua situación de conquistado y se necesitase adherírsele por medio de la navegación y del comercio. Se cambiaban así los productos y con los productos se cambiaban las ideas. Mientras el combate pide la disciplina y la obediencia, el cambio pide la libertad y el derecho en todas sus relaciones. Hay que sujetar el soldado en sus principios á una consigna y á un mando indiscutible, mientras hay que dejar al traficante las manos desligadas y libres. Sobre la tierra inmóvil é inerte se arraiga con suma facilidad el castillo feudal; pero no sobre las móviles barras y sobre las cambiantes olas. Las cruzadas, que movieron el sentimiento religioso, concluyeron por abrir mercados en todas partes y trazar un cauce por donde corrieran los cambios con amplitud y libertad. No podía sostenerse la guerra y la intolerancia religiosa, cuando este continuo paso de los productos desde nuestras zonas á las más apartadas, prácticamente decía cómo los hombres se necesitaban entre sí unos á otros y cómo to-

dos se completaban en esta grande asociación de tres elementos, en sí tan fecundos y tan progresivos, como la industria, el comercio, el trabajo. La joven América del Norte, que se dilata desde la bahía de Hudson al Golfo de Méjico, regada por grandes ríos como el Mississippi, que parecían mares interiores; poblada de gentes industriosas y activas, exigía por una parte la libertad completa de asociarse como consecuencia indeclinable de la libertad de creer y de la libertad de producir. No se puede dar igual habitación al solitario león de las selvas, que al enjambre laborioso de las abejas. Aquél necesita la caverna y ésta necesita la colmena. Los puritanos que habían fundado á Boston, los cuáqueros que habían fundado á Filadelfia, los católicos que habían ido al Maryland, llevaban todos un objeto único, saber guarecerse contra toda persecución religiosa que les asaltara la inviolable conciencia y trabajar con arreglo á sus fuerzas para satisfacción de sus necesidades. Factorías mercantiles y sociedades religiosas, para tocar á los dos opuestos extremos de la vida, necesitaban una grande libertad de su producción como una grande libertad de su conciencia. Y no puede la libertad por modo alguno en estos núcleos y en estos focos recogerse y concentrarse sin llevar muy lejos su influjo y sus inventos.

Así, no podía gozar la Metrópoli sobre tales regiones una grande influencia. Y, cuanto menos las cuidaba en las terribles crisis de su política interior, más aprendían ellas el gobierno de sí mismas, y se juntaban en su común defensa, y estatúan Parlamentos con esas propensiones incontrastables en sus razas, al gobierno de sí mismas y al ejercicio del derecho. Caballeros y puritanos, tan discordes en la madre patria, se juntaban en la joven América; y el patriciado feudal de Virginia y la democracia religiosa de Bostón, convivían en familia, y comunicándose con verdadero amor sus espíritus, parece que trazan un ideal común, y en este común ideal un mismo derecho. ¿Para qué necesitaban de la Metrópoli? Mientras la inmensa España regía la Florida y Francia el Canadá, vecinos tan poderosos y tan cercanos podían impelerlas en brazos del gran imperio y del sumo imperante; mas, desde la hora en que, por la paz de 1763, Inglaterra se alzó con ambas posesiones, aquel su triunfo, que tanto la ensoberbeció contra nosotros, en el fondo sólo sirvió para que los colonos se ensoberbecieran á una contra ella. Sin entender tal estado de su ánimo, Inglaterra comenzó bajo el primer Jorge á reanudar los lazos que se habían roto, y á restablecer principios que se habían olvidado. Jorge I imponía la exclusiva del comercio de las colonias con su Metrópoli. Aquellas, acostumbradas á echárselas de nación, si no en el apellido, en la realidad, se resistieron á tales pretensiones, que sus dominadores calificaban de secular privilegio, cuando los dominadores las creían caídas en completo desuso. Como siempre que restringen leyes artificiales el movimiento natural de los cambios, el contrabando sustituyó al comercio. Cada vez más creída Inglaterra de la legitimidad de su derecho, y más sobrecargada de gravámenes por los gastos que le impusiera su guerra de los siete años, impuso una contribución sobre las importaciones en América, no proviniendo de ella, como

el té de China ó el tejido de la India; pero los colonos, penetrados hasta el tuétano de las viejas ideas británicas, respondieron á estas imposiciones con el antiguo refrán inglés, de que nadie se halla obligado á satisfacer aquellas contribuciones á cuya imposición legal no haya contribuido con su voto y por medio de sus representantes. Enablóse con tal motivo un gran litigio, en que hubo concesiones y resistencias mutuas de ambas partes, sosteniendo la Metrópoli el principio de una dependencia en las colonias que se hallaban á merced por completo del Parlamento con la corona, y sosteniendo las colonias el principio de su incontrastable derecho á votar los impuestos que debían satisfacer, como las demás regiones del colosal Imperio. De aquí una especie de gigantesco pleito, en que se alegaban razones primero de una y otra parte con calma; pero en que latía con terribles palpitaciones una mutua é incontrastable aspiración á la guerra.

El año 1774, se reunió un Congreso de las colonias, en el cual, cada región, de las comprendidas bajo un principio y antiguo nombre tenía su correspondiente voto y afirmaba desde Filadelfia, la representación prohibida ó negada á Inglaterra. Nada tan solemne y trascendental como la declaración de este Congreso. Hallábanse las quejas en ella dichas sin acritud y los derechos reclamados sin énfasis. El impuesto sin su consulta y sin su voto, la obligación de comprar las mercancías en la Metrópoli con exclusión de los demás mercados, las pretensiones á una dominación absoluta, el triste desconocimiento de los códigos usuales rotos por la temeridad y audacia del sumo imperante, procedían á la gran fórmula de los derechos naturales que á la libertad y á la vida en su calidad de hombres tenían y los derechos políticos que habían ido con ellos desde la madre patria á la joven América, sin que les pasase por las mentes, no ya una comprensible abdicación de su totalidad, un olvido de los menos importantes, habiendo aprendido de sus padres y maestros á estimarlos como se estima el honor y á defenderlos hasta la muerte. Los principios de una filosofía humanitaria y abstracta se juntaban aquí á las tradiciones de una libertad gloriosa, pasando todo ello desde los congregados á los pueblos como una corriente magnética que centuplica la fuerza de los vivos y recalienta como un rescoldo las cenizas de los muertos. Nada ocurrió en este Congreso, como nada falta jamás á quien sirve las causas progresivas con el debido acierto y en la sazón y en la oportunidad esenciales á todos los esfuerzos políticos y al cumplimiento y realización y desarrollo y vida de los luminosos y humanitarios ideales. El mundo americano envió al viejo mundo un singular embajador, el caballero Franklin. Desde que los emisarios griegos se presentaron en las Cortes persas, nunca la libertad había encontrado para dirigirse á la enemiga tiranía un embajador tan grande y tan inspirado. Hijo de sus obras, representaba el trabajo. Impresor al mismo tiempo y periodista, llevaba en sus tipos de plomo la bala que debía romper la corona del tirano y en su pluma el rayo de luz que debía iluminar la causa humana. Sabio y piadoso, la ciencia que le sugería uno de los mayores descubrimientos

modernos, jamás le apartó de Dios; y la religión que le hacía bueno y republicano, jamás le estorbó para penetrar en los recónditos senos de la Naturaleza y revelar sus callados misterios. Franklin era más que un revelador, más que un ministro, más que un tribuno, más que un estadista; Franklin, por su esencia y por su virtud era verdaderamente un redentor.

Pocos hombres tan originales; pocas vidas tan extraordinarias. El padre suyo, un modestísimo industrial rayano en jornalero, á quien los ornamentos inútiles del alma le repugnaban mucho, dióle un año de lección intelectual, enseñándole á leer, escribir y contar solamente. En cuanto supo las cuatro reglas y se halló en aptitud de poner las facturas mercantiles, arrancólo de la escuela y lo expidió al mostrador. Metido en un oficio manual, parecióle al joven Franklin el mejor, aquel cuyas operaciones materiales más concuerdan de suyo con las operaciones psíquicas, el oficio de impresor. Así, de pie, ante su caja, el graduador entre los dedos, las casillas con su alfabeto buscadas á ciegas y á tientas, por impulsos deliberados de la segunda naturaleza que sobrepone á la naturaleza el estudio y el hábito, mientras hacía por la necesidad y por el sustento de cajista, estudiaba los mismos libros que iba componiendo y recogía ideas, á la par que ganaba jornales. Mozo, muy mozo, y comprometido á casarse ya con una novia de su predilección, fué á Londres, en cuyo camino perdió las cartas de recomendación que le habían dado para diversos personajes, de quienes podía prometerse otros tantos protectores, y en cuyo seno le robaron importante suma en libras esterlinas, no suya, confiada por un amigo á su honradez, y se vió en trances de muerte y deshonor, traídos por la miseria y la desgracia. Mucho peor que Robinsón en la isla desierta, se halló en aquella ciudad tan poblada. El indiferente universo tiene más entraña, y á compasión se mueve con mayor facilidad que los egoísmos cortesanos. Mas, este hijo de la sajona raza, poseía las virtudes capitales del temperamento atávico en los suyos, y por su destreza en imprimir logró el plan indispensable al propio y diario sustento. Cuando salió de Londres á Filadelfia, encontróse con una grande contrariedad; le habían soplado la dama, es decir, se había unido á otro su idolatrada novia. ¿Qué había ésta de hacer, si en tan interminable ausencia le había escrito sólo una carta? La faena diaria, el jornal escaso, las fatigas de una pobreza irremediable, la vida del jornalero embargada por cuidados y por dolores continuos explican este silencio tan caramente pagado por su corazón malherido á tan irreparable desgracia. ¿Quién le había de decir cuando se pasaba en la capital de Inglaterra las noches en insomnios y los días en miseria, que un pobre trabajador estaba destinado á ser el primer plenipotenciario enviado por el viejo al nuevo mundo y uno de los grandes generadores del espíritu que animó en sus puros comienzos á la revolución francesa? Franklin entendió tarde; pero entendió al cabo dónde se hallaba su vocación, en el oficio de verdadero escritor. Así comenzó por donde comienzan todos cuantos escriben, por hacer versos; y concluyó por inclinar

se á la prosa. Un día le cayó en las manos un trozo de la elocuencia política moderna, un elocuente número de *El Espectador*, el cual insertaba sabio y atractivo artículo de Addison. Franklin recogió los pensamientos capitales de aquella obra, y los ordenó bajo el sistema de su lógica y los puso en la manera peculiar suya y en su estilo propio. Así adquirió aquel vigoroso método lógico y aquella expresión clarísima, por las cuales puso al vulgar alcance de las inteligencias populares los más abstractos principios y los sazónó con una punta de ironía socrática, muy admirada de todos por su grande mérito. Yo he oído allá por mi niñez lejana recordar en los hogares de mi familia y al amor de la lumbre las apotegmas de un almanaque, aquel que se llamaba el bonachón de Ricardo, como pudieran citarse los refranes de Sancho. Él renovó las frases de Demóstenes, á quien una cortesana le pedía excesivo dinero por pasar en su casa una noche: «no pagaré tan caro un arrepentimiento». De él: «no contraigáis deudas al comienzo de la cuaresma, por creerla muy larga: si habéis de satisfacerlas en su tercer día, ya veréis cuán pronto llega la Pascua». De él: «tres mudanzas de un hogar equivalen á un incendio.» Una gran imprenta, un leido periódico, una serie de publicaciones acertadas; un gabinete de lectura parecido á popular Biblioteca, no sólo enriquecieron su inteligencia, enriquecieron su arca. Así pudo ser abogado de la Pensylvania en la Cámara de los Comunes, asombrándola con su conspicua inteligencia y su clarísimo catálogo de quejas, que tuvieron la milagrosa virtud de arrancar á Chatam un reconocimiento y proclamación de que los americanos eran hijos de los ingleses por el empeño grandísimo que ponían en formular con claridad y defender con heroísmo el catálogo de sus libertades. Fué luego á París y asistió al ocaso natural de Voltaire y al oriente de Mirabeau. El filósofo de la libertad dió su bendición al primogénito de Franklin, y el día de su muerte resonó sobre los restos de quien había traído á la mano de los hombres el rayo, la tonante voz del creador de la libertad. Franklin fué quien dijo: es mayor siempre un trabajador de pie, que un grande de rodillas».

Al revés Washington de Franklin. Era éste un jornalero. Aquel un plantador; éste un plebeyo, aquél un patricio; éste un cuáquero, aquél un anglicano; éste un genio sublime, aquél un talento claro; éste un filósofo, aquél un general; éste un sabio experto en los consejos de la política, y aquél un general prudentísimo en los empeños de la guerra. El combate con la suerte adversa y la necesidad imprescindible de mirar y atender á su propia persona, robaron á Franklin una parte de su tiempo, y le ocuparon otra parte de su vida, sin poder consagrarse todo entero á su patria, cual se consagró el aristócrata. Pero merced á los esfuerzos gigantes y á los empeños titánicos, se debió que brotara la chispa del cielo, llamada genio en la mente del jornalero, y que Prometeo encadenado renaciera en él redimido y tendiera su mano al cielo para robarle sus rayos y expedirlos obedientes al suelo bajo sus plantas. Al revés Washington: inútil buscar en él esta inspiración sobrehumana, científica; inútil demandarle aquella suma de titánicos pensamientos del verbo revelado; pero, en